Misterios de la sabiduría inmóvil del maestro Takuán



Biografía de Takuán

Takuán nació en 1573 en Izushi, Japón, en la provincia de Tajima (hoy prefectura Hyôgo). Era hijo de Akiba Tsunanori, cuyo nombre da a entender que debía

ser un samurai. A la edad de diez años, entró como aspirante a monje en el templo de Shônen-ji (de la escuela de la Tierra Pura) situado en la misma ciudad. Se ignora por qué dejó su familia para hacerse monje. Después, a la edad de catorce años, entró en el templo Sukyô-ji, situado también en la misma ciudad, para estudiar el Zen. Fue discípulo del maestro Kisen y, tras la desaparición de éste, fue discípulo del maestro Tôho. A partir de veintidós años se le ve en el templo de Daitoku-ji de Kioto, bajo la dirección del maestro Shun-oku-Sôen (1517-1597) durante siete años. Después se ejercitó bajo la dirección del maestro Ittô-Jôteki (muerto en 1606), en el templo Nanshû-ji, de la ciudad de Sakai. En 1604 sucedía a este último en la Ley, a la edad de treinta y dos años. Por decreto imperial, fue puesto a la cabeza del templo Daitoku-ji cuando tenía treinta y siete años. Pero sólo tres días después dimitía. He aquí la estrofa que compuso en esa ocasión:

Desde siempre he sido como un arroyo de agua
Y nubes flotantes.
He vivido sin razón en un templo célebre.
Eran en primavera, en las calles violeta.
Ya no me gusta eso.
Mañana temprano, estaré en el sur, en la costa del mar.
La blanca gaviota no vuela en modo alguno
En dirección al polvo rojo.

La ciudad portuaria de Sakai está situada al sur de Osaka. Es una ciudad más modesta que Kioto, pero hay en ella mucha animación gracias a su comercio y a sus industrias. Esta aglomeración no satisfacía los gustos de Takuán, quien prefería vivir pobremente, en plena campiña. Volvió, pues, al templo Sukyô-ji de su ciudad natal, cuando tenía cuarenta y ocho años (en 1620). Por entonces dijo: "No quiero halagar a nadie para obtener riquezas y títulos. No podría vivir vendiendo la Ley del Buda. Por nada del mundo arrastraría por el barro la Vía de nuestros antepasados del budismo."

Veamos ahora el "incidente de la túnica violeta", como le han llamado los historiadores japoneses. En julio de 1615, el gobierno shogunal de losTokugawa promulgaba tres secretos:

1. Reglamentación relativa a los samuráis.
2. Reglamentación relativa a la corte imperial, es decir, el emperador y los nobles de la corte.
3. Reglamentación relativa a todos los monjes de todas las escuelas.

Por entonces ya había acabado la guerra civil que tantos años había durado, y por fin los cimientos del gobierno Tokugawa eran más sólidos. Este gobierno quería reglamentar de forma estricta las relaciones entre la corte imperial y él mismo y, sobre todo, quería arrebatarle el derecho de opinión en los asuntos políticos. De este modo, sus cimientos se iban a rehacer e iban a ser más duraderos. La asignación de la túnica violeta a los monjes era un privilegio reservado a la corte imperial y era además una de sus principales fuentes de ingresos. En la jerarquía religiosa budista, la túnica violeta era el signo del alto rango que ocupaba un monje. El gobierno Tokugawa estableció muy especialmente ciertas reglamentaciones para los templos Daitoku-ji y Myôshin-ji, pese a estar bajo la protección de la corte imperial:

1. Los superiores del Myôshin-ji y del Daitoku-ji tienen que haber practicado el Zen durante más de treinta años.

2. Tienen que haber llegado al término de sus investigaciones habiendo investigado mil setecientos kôans y tienen que haber realizado las perfecciones budistas y profanas después de haber peregrinado para ir al encuentro de los maestros venerados.
3. Los monjes de los dos templos que tienen derecho a llevar las túnicas violeta, deben declararlo primeramente al gobierno Tokugawa y recibir la autorización correspondiente.

Pero esto no es más que la razón oficial superficial, porque en el trasfondo se oculta el odio que el monje Sûden, jefe de la administración religiosa del gobierno Tokugawa, sentía hacia Takuán. Para una mayor información sobre este monje Sûden, véase *Dans les monastères Zen*, *au Japón*, cap. III, Nanzen-ji.

La historia de este odio del monje Sûden nació en agosto de 1619. El monje Shôgaku-Jôchô, del templo Daitoku-ji, era un excelente calígrafo y realizaba imitaciones de obras de antiguos calígrafos célebres. Había oído decir que el maestro de la ceremonia del té, Oda Yûrakusai (hermano menor de Oda Nobunaga), buscaba una caligrafía del maestro nacional Daitô, fundador del Daitoku-ji. Hizo inmediatamente una imitación y la vendió a buen precio. Oda Yûrakusai la conservó piadosa y cuidadosamente, lleno de alegría. Un buen día, la enseñó a uno de sus visitantes que descubrió la imitación. Oda le pidió a Sûden que hiciese de ella un juicio pericial. Sûden le aseguró que era una caligrafía auténtica de Daitô. Pero siguió corriendo el rumor de que era una imitación, por lo que Oda la presentó esta vez a Takuán y a Kôgetsu, los cuales sentenciaron al primer vistazo que no era obra de Daitô. Los dos, superiores del Daitoku-ji, no podían equivocarse. Shôgaku-Jôchô fue sometido a un interrogatorio severo y terminó por confesar la verdad. Fue expulsado en el acto del Daitoku-ji. Era un incidente vergonzoso para el Daitoku-ji, pero, con este motivo, estalló una discusión violenta entre Takuán y Sûden acerca de la autenticidad de la caligrafía. El resultado fue la victoria de Takuán y Sûden perdió el prestigio irremediablemente. Este se convirtió en odio profundo en el corazón de Sûden.

En 1626, el gobierno de los Tokugawa comenzó a comprobar qué monjes contravenían las reglamentaciones gubernamentales y suprimió la autorización de llevar la túnica violeta a los quince monjes del Daitoku-ji y del Myôshin-ji. Takuán protestó enérgicamente ante el gobierno Tokugawa del siguiente modo:

"Nos habéis preguntado si no observábamos dos puntos de la reglamentación, es decir haber practicado durante treinta años el Zen y haber investigado sobre mil setecientos kôans. Respecto de esto, el difunto shogun Tokugawa Ieyasu conocía bien la realidad y nosotros pensamos que esta reglamentación equivale a profundizar en el Zen hasta el extremo. O bien los redactores ignoraban la realidad del Zen y, así habrían establecido esas cifras a la ligera. Ese número de mil setecientos corresponde al número de maestros que figuran en el *Libro sobre la transmisión de la lámpara* (publicado en 1004) y no es un número de kôans. Entre mil setecientos maestros del Zen citados, ese libro no muestra, de hecho, más que novecientos sesenta y tres "dichos" de maestros y el resto no es más que una relación de nombres. Incluso si se reúnen todos los "dichos" de los novecientos sesenta y tres maestros, en lo que concierne a los kôans, no sobrepasan las mil cien reglas. Por consiguiente, esta reglamentación de tener que meditar sobre mil setecientos kôans en treinta años es ridícula. Esclarecer mil setecientos kôans significa que esclareciendo el "dicho" de un maestro se pueden captar mil setecientos kôans, es decir que eso equivale a comprender diez mil cosas a través de una. En cuanto a la práctica durante treinta años, tampoco quiere decir que haya que

pasar realmente ese número de años. Supongamos que se comienza la práctica a quince o dieciséis años y que se lleva a cabo bajo la dirección de un maestro durante treinta años. Hay que añadir a eso cinco años para preparar una actividad en la sociedad y hay que educar a los discípulos que, por su parte, deberán practicar durante treinta años. Así pues, ese maestro no podrá educar discípulos a lo largo de su vida. De este modo, la sucesión de la Ley del Buda no podrá llevarse a cabo. Jamás ha habido hasta ahora un maestro del Zen que haya practicado durante treinta años. Yôsai fue dos veces a China para estudiar allí el Zen y no practicó el Zen más que durante cinco años, bajo la dirección del maestro Hiu-ngan (en japonés Kian). El maestro nacional Shôichi practicó el Zen durante siete años y Guchû durante seis años. El maestro nacional Daitô practicó el Zen bajo la dirección del maestro Hiu-t´ang (en japonés Kidô, 1185-1269) y, siete años después obtuvo autorización. El maestro nacional Daitô, fundador de nuestro templo Daitoku-ji, siguió las directrices del maestro Daiô durante quince años y terminó la investigación del Zen mediante la meditación sobre ciento ochenta kôans. El maestro Tettô, sucesor del maestro Daitô, meditó sobre ochenta y ocho kôans bajo la dirección del maestro Daitô y le sucedió en la Ley, Para la escuela del Zen, lo esencial es alcanzar en profundidad el gran Despertar, y eso no depende ni del número de kôans meditados ni del número de años de práctica. Nuestro templo Daitoku-ji limita la práctica a veinte años y no conocemos ningún ejemplo de treinta años. El método es importante para la práctica. Hay quienes pueden ejercitarse en un año, mientras que otros necesitan tres o cuatro años. Por lo tanto, la práctica durante veinte años equivale a los treinta años que proponéis".

Especialistas de la historia del Zen ven en esta protesta escrita la negación de las características del Zen medieval que consistían en la investigación de muchos kôans, en una pequeña sala, mediante diálogos entre maestro y discípulo. Estos especialistas descubren ahí el brote del Zen de los tiempos modernos.

Esta carta de protesta fue cursada al gobierno de Tokugawa bajo la responsabilidad de los tres firmantes: Takuán, Gyokushitsu y Kôgetsu. El gobierno Tokugawa los convocó a Edo (hoy Tokio) y los interrogó con dureza. El veredicto llegó en junio de 1628 y a Takuán se le exiló a la provincia de Dewa, Gyokushitsu a la provincia de Ôshó (estas dos provincias están situadas en el norte del Japón) y Kôgetsu fue absuelto gracias a su arrepentimiento o bien gracias a cierto soborno que habría hecho efectivo por medio de su acaudalada familia, lo que provocó las burlas de la gente de esta época. De este modo, el gobierno Tokugawa logró controlar los dos templos de Daitoku-ji, y de Myôshin-ji que hasta entonces habían estado fuera de su influencia y, al mismo tiempo, logró su objetivo, que era presionar sobre los nobles de la corte imperial.

Estos tres monjes, Takuán, Gyokushitsu y Kôgetsu mantenían relaciones muy estrechas. Cuando Takuán viajó a la provincia de Yamato, hacia 1620, escribió cartas muy detalladas sobre sus viajes a sus dos amigos que estaban en el Daitoku-ji. Durante este viaje turístico, Takuán fue al templo Hasedera, al templo Murô-ji y recorrió la región de Miwa, cuna del shintoismo. Su relato es religioso y poético a la vez y pone de manifiesto la habilidad literaria de Takuán.

Takuán permaneció cuatro años en el exilio, pero el señor de la región, Doki Yoriyuki le trató con gran respeto y le cuidó sobremanera cuando lo lógico es que hubiera ejercido sobre él una estricta vigilancia. El mismo Takuán relata su situación confortable en las cartas dirigidas a su hermano menor Akiba Hanbê:

"He dado a mi ermita el nombre de "ermita de la lluvia primaveral".Se compone de una pieza principal de seis esteras (tatamis) y la suite, un altillo de tres esteras (tatamis), una pieza para un sirviente. Este prepara mi comida por la mañana y por la

tarde. Para paliar los efectos del frío, la galería está rodeada de un seto doble. Se puede acceder al baño y a los servicios directamente desde la galería. Todo está dispuesto de tal forma que pueda evitarme los catarros. Debajo de mi lecho hay una gran piel de gamo para que el frío no pase por debajo. Todos estos cuidados vienen de parte del señor Doki. La ropa de cama es muy blanca y se renueva sin falta."

Takuán, poeta y escritor, compuso numerosas poesías en este lugar. Vamos a citar una poesía tomada de Mil poesías de mi ermita. Se trata de una fuente que se hallaba ante la ermita de la lluvia primaveral y que él llamaba "fuente de la montaña":

Fuente de la montaña poco profunda,
Eso no me molesta,
Si hay alguien
Que toma de ella el agua,
Me doy por satisfecho.

Tras la desaparición del segundo shogun Tokugawa Hidetada, Takuán fue indultado en 1632 y volvió a su provincia natal. Después, gracias a la mediación de Yagu Tajimanokami, maestro de armas de los shôguns a quien él había enseñado los *Misterios de la sabiduría inmóvil*, Takuán se entrevistó con el tercer shogun Tokugawa Iemitsu en el palacio Nijo, de Kioto, quien depositó en él toda su confianza y su veneración. Iemitsu hizo construir para él un templo que se llamó Manshô-zan Tôkai –ji (monasterio o monte Millares de pinos, templo del Mar Este) en el barrio Shinagawa de Edo. Antes, Takuán se había rebelado contra la política religiosa del gobierno Tokugawa y ahora recibía una calurosa acogida de su parte. ¿Qué pensar de este cambio? El hombre, generalmente, tiene tendencia a ser contestatario en su juventud, pero al ir envejeciendo, desea vivir en paz y en armonía con su entorno. ¿Quería también Takuán la armonía entre la corte imperial y el boierno shogunal?

Takuán, hombre cultivado y hábil calígrafo, es también autor de algunas pinturas. Su habilidad alcanzaba hasta la fabricación de cucharas para la ceremonia del té y la de recipientes para el arreglo floral (*ikebana*). Dejó escritos religiosos, poesías, libros de medicina y de física. Su caligrafía revela, más que la fuerza, un carácter intelectual y puro.

No transmitió su Ley a ninguno de sus discípulos. A este respecto, escribía: "Ya han pasado cuarenta años desde que obtuve la transmisión de la Ley de mi maestro. Yo pregunto a mis discípulos sobre un kôan, pero hasta ahora nadie me ha dado una respuesta auténtica" (frase tomada de los *Dichos de Manshô* [Millares de Pinos], volumen I). En esta declaración se puede adivinar el desánimo de Takuán al constatar la incapacidad de sus discípulos para la investigación del Zen. Por eso rechazo una transmisión fácil de la Ley y quiso más bien, mediante la interrupción de la transmisión, conservar toda la pureza del Zen. Insistió en esta interrupción de la sucesión en sus "advertencias a sus discípulos" que citaremos del cuarto volumen de los *Dichos de Manshô* (Millares de Pinos).

-No tengo ningún discípulo que me suceda en la Ley. Si alguien pretende ser discípulo de Takuán después de mi muerte, será un enemigo de la Ley. Denunciadlo a las autoridades y castigadle.
-No tengo ningún discípulo que me suceda en la Ley. Por lo tanto no habrá nadie que reciba el pésame de cada hijo de vecino. Si algún monje de nuestra escuela o

de cualquier otra viniese a recitar sûtras, el superior de nuestro templo le acogerá en el dintel de la puerta, le explicará las razones y le pedirá que se vaya. ¡Que no se le pida que entre!
-Yo, en vida, he devuelto y he depositado la túnica y la escudilla de mi maestro en su tumba (stûpa). Por lo tanto, no soy más que un monje vestido con una túnica negra harapienta.
-Después de mi muerte, no colguéis mi retrato en tela violeta. Que un círculo reemplace a mi retrato. En cuanto a las flores, velas y pebetes de incienso, que cada uno haga lo que quiera.
-Que no haya donativos de ninguna clase.
-Que los más afectados quemen un pebete de incienso. Pero eso lo dejo a su discreción. Es algo que no me concierne.
-Si alguien quiere dejar un donativo, no aceptéis ni siquiera un grano de adormidera.
-Después de mi muerte, que no se reciba el título de maestro del Zen.
-No coloquéis tablilla funeraria alguna con mi nombre en la sala de los maestros del templo (Daitoku-ji). Si alguien, por propia iniciativa, quisiera ponerla, quemadla discretamente. Quien la queme será mi mejor amigo.
-Cuando muere un superior del Daitoku-ji, la costumbre manda que se le organice un banquete funerario en el Daitoku-ji. Yo ya me he retirado del Daitoku-ji y he elegido una vida en los campos incultos, por lo tanto ya no tengo ninguna relación con los asuntos delDaitoku-ji. Por nada del mundo asistáis a este banquete funerario. Esto es lo que he pensado siempre y la idea no acaba de ocurrírseme ahora.
-No quiero que se me incinere. Transportad en secreto mi cadáver durante la noche, cavad un hoyo profundo en el campo y enterradlo cubriéndolo después de hierbas. No hagáis un túmulo encima, para que no se lo pueda encontrar. Dos o tres personas que se han ocupado de mí no deben ir allí después en recuerdo mío.
-Cuando se extinga mi respiración, sacad enseguida mi cadáver al campo durante la noche. Si ocurriese a mitad de la jornada, no anunciéis mi muerte. Cuando llegue la noche, sacad mi cadáver al campo. Sólo dos monjes (Kô y Kyû) podrán acompañarme. Cuando ellos vuelvan al templo se podrán quemar pebetes de incienso y prosternarse, pero sin recitar sûtras.
-No me erijáis monumento funerario de piedra ni en el interior del templo. Mi difunto maestro Shumpo compuso una estrofa:

Nuestro cuerpo carece de hueso.
Un montón de cenizas de huesos pestilentes.
Se cava en profundidad la tierra para enterrarlos.
Las montañas verdes trascienden al polvo.

Reflexionad bien sobre el sentido de esta estrofa.

-No organicéis ceremonia alguna para el aniversario de mi muerte.

Un samurai, Kudo Yukihiro, vasallo del señor Numata, editó un *Libro patriarcal de Manshô* (Millares de Pinos) en el que recopiló los hechos, poesías y artículos de Takuán, así como un resumen de las “Amonestaciones de Takuán”:

"Enterradme al fondo de la montaña y volved tras haberme cubierto de tierra. No recitéis ningún sûtra. No organicéis banquete funerario. No aceptéis don alguno ni de monjes ni de laicos. Vosotros, los monjes, obrad como de costumbre, vestíos y comed normalmente. No erijáis monumento funerario ni instaléis ningún retrato mío. No me busquéis un título póstumo. No coloquéis una tablilla funeraria de madera en la sala patriarcal del Daitoku-ji en memoria mía. No editéis mi biografía ni el relato de lo que yo he hecho en mi vida."

En noviembre de 1645, Takuán caía enfermo en el Tôkai-ji, y el 11 de diciembre, a petición de los monjes, ejecutó una caligrafía; en grandes caracteres: "Sueño", después, en caracteres pequeños:

Cien años, treinta y seis mil días.
Maitreya y Avalokitesvara,
¿Cuántos sí y cuántos no?
Sí es también un sueño,
No también es un sueño.
Maitreya es un sueño.
Avalokitesvara también es un sueño.
El Buda ha dicho: Hay que contemplar así.

Takuán, dejando el pincel, expiró. Tenía setenta y tres años.

El templo Tôkai-ji, del barrio Shinagawa de Tokio, conserva aún hoy la túnica de Takuán, pinceles, una flauta y, sobre todo, la última caligrafía que acabamos de mencionar. En el jardín de ese templo se halla un monumento funerario que consta de rocas sin pulir. La forma triangular de la piedra alzada evoca una gravedad imponente: es el monumento a Takuán.

El templo Shôun-ji, de la ciudad de Shakai, conserva un retrato de Takuán pintado en color sobre seda. En la parte superior se halla una estrofa caligrafiada por Takuán, fechada en marzo de 1639. Takuán tenía entonces sesenta y siete años, seis antes de su muerte. La pintura se debe a un encargo de su discípulo Sôbô. Este retrato está en la línea de la tradición de todos los retratos de los maestros del Zen. El rostro de Takuán y las líneas del dibujo son suaves. El colorido es muy minucioso, lo que presta al conjunto una gran dignidad. Se puede decir que se trata de uno de los mejores retratos de principios de la época Edo. El pintor pertenecía probablemente a la escuela Kano de la época Edo.

Misterios de la sabiduría inmóvil

1. INSCIENCIA, CIRCUNSCRIBIR EL ESPÍRITU A ALGÚN LUGAR Y PASIONES

La insciencia designa lo que no está "claro", es decir el yerro. "Circunscribir el espíritu a algún lugar" se expresa en japonés mediante la palabra *jûji*. *Jû* significa "habitar o morar" y *ji* "la tierra, la etapa o el nivel". El budismo divide el ejercicio en cincuenta y dos etapas. Entre ellas hay una mediante la cual se circunscribe el espíritu a cada cosa y se llama *jûji*. Habitar o morar significa circunscribir el espíritu a una cosa, sea cual fuere. Tomemos como ejemplo la esgrima, vuestra especialidad. Si, a la vista

del sable de vuestro adversario que intenta daros una estocada, queréis parar el golpe, vuestro espíritu estará paralizado por el sable adversario y careceréis de actividad. De ese modo fácilmente recibiréis la estocada de vuestro adversario. Eso es lo que yo llamo "circunscribir el espíritu a algún lugar". Por más que veáis acercarse el sable, no paralicéis en él vuestro espíritu. Adaptaros al ritmo del sable de vuestro adversario, no penséis en alcanzarle, no reflexionéis ni hagáis conjeturas. Tan pronto como veáis el sable que alza vuestro adversario, aprovechad la situación, tal como se presenta, sin circunscribir en absoluto a ella vuestro espíritu y aferraros al sable adversario que se prepara para daros una estocada y, por el contrario, podréis darle la estocada a él.

En la escuela del Zen se llama a eso: "Tomar la lanza de un adversario para atravesarle a él". Eso significa que se arrebata al adversario su lanza, su alabarda o su sable y se le hiere con ellos. Es lo que llamáis "sin sable".

Si circunscribís vuestro espíritu, aunque sólo sea un poco, al ataque de vuestro adversario, a vuestro propio ataque, al hombre que ataca, al sable atacante, a la distancia o al ritmo, vuestro trabajo carecerá de efecto y seréis alcanzados por vuestro adversario. Si os oponéis a vuestro adversario, vuestro espíritu será ocupado por él. No debéis pues colocar vuestro espíritu por encima de vuestro cuerpo. Mantener la atención en el movimiento de vuestro cuerpo sólo es apto para las primeras lecciones, cuando somos unos novicios. Si actuamos de ese modo, nuestro espíritu será acaparado por nuestro sable. Si circunscribimos el espíritu al sable, nuestro espíritu será acaparado por él. En cualquiera de estos casos, el espíritu está circunscrito a algún lugar y nosotros nos convertimos en botín. Sin duda, esto lo sabéis por propia experiencia. Yo he explicado vuestra esgrima adaptándola a la Ley (Verdad) del Buda. En la Ley (Verdad) del Buda a este espíritu circunscrito se lo llama "extravío". He aquí por qué se dice que: "Insciencia: espíritu circunscrito a algún lugar y pasiones".

2. SABIDURÍA INMÓVIL DE LOS BUDAS.

Yo digo "inmóvil", pero eso no significa que se es una naturaleza inerte como la piedra o la madera. Por más que el espíritu actúe, según su voluntad, delante, a izquierda, a derecha, en todas las direcciones, jamás está circunscrito, ni siquiera un instante. A este espíritu se le llama "Sabiduría inmóvil".

Contemplad una representación del "Guardián inmóvil" en el budismo. Tiene una espada en la mano derecha y una cuerda en la izquierda. Enseña los dientes y su mirada es furibunda. Bien plantado sobre sus piernas, está ahí para vencer a los demonios que perturban la Ley del Buda. Pero eso no significa que un genio semejante se oculte en cualquier parte del mundo. Está presente entre los seres vivos personificando la protección de la Ley del Buda y dotado de esta Sabiduría inmóvil. Esta representación de Genio inmóvil tiene tres significados, según el nivel alcanzado por los hombres:

1. El profano, totalmente ignorante, tiene miedo de este genio y promete no oponerse a la Ley del Buda.
2. Los que se han puesto en contacto con el Despertar comprenden perfectamente que se trata de la Sabiduría inmóvil y de este modo se liberan de todos los extravíos.

3. Los que han esclarecido la Sabiduría inmóvil y han practicado ellos mismos, lo mismo que el Genio inmóvil, esta verdad espiritual, comprenden, al amparo de esta representación, que los demonios no existen.

Así pues, aunque se hable de "Genio inmóvil", de hecho se trata de un estado inmóvil del espíritu único del hombre o, dicho de otro modo, permanecer "sin conturbarse". "Sin conturbarse"significa "no detenerse en cada cosa". A la vista de una cosa no circunscribir a ella el espíritu, eso es lo "inmóvil". Porque si el espíritu se circunscribe a una cosa, al amparo de toda suerte de diferenciaciones en el espíritu, se imagina multitud de cosas y el espíritu se conturba. Ahora bien, incluso si el espíritu circunscrito se mueve, en el fondo no se mueve en absoluto.

Por ejemplo, supongamos que diez personas intentan, una tras otra, heriros con un sable; si paráis el primer sablazo, si no os quedáis en eso, si lo olvidáis y os ocupáis del siguiente, seguro que reaccionaréis ante cada una de las diez personas. Por más que vuestro espíritu reaccione diez veces ante esas diez personas, si no permitís que vuestro espíritu quede circunscrito a alguna de ellas, podréis ocuparos de cada una y podréis actuar con toda seguridad. Si circunscribís vuestro espíritu a una persona, por más que hayáis podido parar el sablazo de la primera persona, no podréis reaccionar al sablazo de la segunda.

Contemplad a Avalokitesvara (en japonés Kannon, "Señor que ha mirado hacia abajo") con sus mil brazos. ¿Qué significan esos mil brazos? Si su espíritu quedara circunscrito al brazo que mantiene el arco, los novecientos noventa y nueve brazos restantes serían inútiles para él. Por el contrario, si no circunscribe su espíritu a un solo lugar, todos los brazos le serán útiles. Incluso Avalokitesvara, ¿por qué necesita mil brazos pese a su cuerpo único? Sus representaciones tienen por objeto enseñar a la gente que cuando se alcanza la "Sabiduría inmóvil", aunque se tengan mil brazos, todos le son útiles a un cuerpo.

Por ejemplo, supongamos que estamos frente a un árbol. Si nos fijamos en una sola hoja roja, no veremos ninguna de las demás hojas, pero si no nos fijamos en ninguna hoja y miramos todo el árbol sin intención, todas las hojas entran en el ámbito de nuestra vista. Si nos fijamos en una sola hoja, no podremos ver las demás. Si no nos fijamos en una sola, podremos ver todos los millares de hojas. Los que comprenden esta verdad son el Avalokitesvara de mil brazos y de mil ojos.

Pero los profanos totalmente ignorantes creen sin la menor duda que posee realmente mil brazos o mil ojos y le veneran. Y los que le conocen superficialmente se burlan diciendo: "¿Para qué sirven mil ojos en un cuerpo? Eso no es más que mentira." Si se conoce un poco mejor el budismo se sobrepasará el nivel de los profanos crédulos y el de los superficiales burlones. Se le venerará y la razón nos llevará a creer en él. La Verdad del Buda se expresa totalmente en un objeto.

Todas las Vías son semejantes. Personalmente, pienso que el shintoismo sigue esta Vía. Los que creen en esas apariencias son profanos; pero negar las apariencias en la que creen, burlándose de ellas, es aún peor. Existe una razón para su credulidad. Hay diferentes Vías, ésta o aquella, pero el fin es el mismo.

Ahora bien, si se comienza el ejercicio partiendo del nivel de novicio, que circunscribe su espíritu a algún lugar, y se consigue llegar al nivel de la "Sabiduría inmóvil", se volverá, por el contrario, al nivel del principiante que circunscribía su espíritu a algún lugar. Expliquemos esta filosofía mediante vuestra especialidad, la esgrima.

El novicio no sabe nada de la forma de proteger su cuerpo ni de la mantener correctamente el sable. Por lo tanto su espíritu no está circunscrito a su cuerpo. Cuando su adversario le golpea, reacciona sin reflexión. Pero aprende muchas cosas: posiciones del cuerpo, del sable, del espíritu, etc. Su maestro le enseña multitud de cosas y su espíritu se halla circunscrito por doquier. Incluso si quiere golpear a alguien, no puede hacerlo sin reflexionar. De hecho no es libre, pero a medida que prosigue constantemente su ejercicio durante días, meses y años, termina por no pensar ya en la posición de su cuerpo ni en la del sable que esgrime y vuelve de nuevo a los tiempos en que era un principiante que no sabía nada y que estaba vacío. El principio se vuelve a encontrar al final, lo mismo que se vuelve a encontrar la cifra 1 cuando se ha contado hasta 10. Lo mismo sucede con las notas musicales: el tono más bajo está al lado del tono más alto.

Lo más alto y lo más bajo se hacen similares. Cuando se profundiza en la Ley (Verdad) del Buda, se hace uno como un ignorante que no conoce ni al Buda ni la Ley (Verdad). No se manifiesta ni pedantería ni pretensión ante el saber que los demás pueden observar. De este modo, el nivel de la insciencia y de las pasiones en que se estaba al principio y en el que nuestro espíritu estaba circunscrito a algún lugar y el de la Sabiduría inmóvil que se alcanza después no forman más que uno. Se pierde el trabajo de la sabiduría y se establece uno en el nivel sin pensamiento ni reflexión. Cuando se llega al nivel último, las manos, las piernas y el cuerpo aprenden por sí mismos y los pensamientos no intervienen en absoluto. Se puede llegar a ese nivel. El maestro nacional del Zen, Bukkoku (1256-1316), de Kamakura, compuso esta poesía:

Un espantapájaros
En un pequeño campo de la montaña.
No vigila a nadie
De una manera consciente.
Pero no es inútil.

Todo sucede según esta poesía. El espantapájaros en un campo de la montaña tiene forma humana, con su arco y su flecha. Los pájaros y los animales huyen al verlo. Este espantajo carece de conciencia, pero los cuervos tienen miedo de él y huyen. Por lo tanto es útil y no superfluo. Esta es una parábola que se utiliza en todas las Vías para explicar las acciones del hombre que ha llegado al más alto nivel. Sus manos, sus piernas y su cuerpo actúan y su espíritu no se circunscribe ni siquiera un instante. Los demás no pueden adivinar dónde se halla su espíritu. Se halla sin pensamiento ni reflexión y alcanza el nivel del espantapájaros en el campo de la montaña.

El profano ignorante carece de sabiduría y por lo tanto está no le inquieta. Del mismo modo, los que ya han alcanzado un nivel muy profundo no se sienten tampoco turbados por la sabiduría, porque su sabiduría es muy elevada. A nosotros nos turba la sabiduría porque conocemos superficialmente. ¡Es ridículo!

La observación de los ritos por los monjes de hoy en día también es superficial, por lo que les encontraréis ridículos. ¡Me avergüenzo de ello! Se separa el ejercicio en dos partes: la una, teórica, y la otra, práctica. Tal como he explicado antes, por “teoría” entiendo el estado supremo en el que uno no se ocupa de nada y el abandono de cada pensamiento. Ya lo he explicado detalladamente, pero sin el ejercicio “práctico”, ni el cuerpo ni las manos funcionan pese a la acumulación de las teorías. Para explicar el ejercicio práctico, tomemos vuestra esgrima. Tenéis que aprender cinco posturas del sable, el Único que emplea libremente estas cinco lecciones y otras más. Aunque estéis

versados en las teorías, hay que actuar libremente en el ámbito de los hechos. Aunque adoptéis buenas posturas y manejéis bien el sable, no debéis ignorar importantes teorías. La práctica y la teoría deben ser como una rueda.

3. TIEMPO DE MOVIMIENTO REFLEJO QUE NO MIDE NI EL GROSOR DE UN CABELLO

Voy a explicar este principio tomando como ejemplo vuestra esgrima. Ni siquiera un cabello puede pasar entre dos cosas superpuestas. Por ejemplo, cuando aplaudimos se produce inmediatamente un sonido. Ese sonido lo produce el choque de las manos en un lapso de tiempo no mayor que el grosor de un cabello. El sonido no reflexiona unos instantes antes de dejarse oír como consecuencia del choque de las manos. El sonido se deja oír inmediatamente al choque. Si el que hace esgrima mantiene su espíritu en el sable adversario que le golpea, el intervalo de tiempo interviene y carece de reflejos. Si el espacio de tiempo entre el sable adversario y el suyo no es mayor que el grosor de un cabello, el sable adversario se convertirá en el suyo. Hay diálogos del Zen que se hacen en este espíritu. El budismo desaconseja circunscribir el espíritu a un objeto y quedar atado a él –lo que se llama "pasiones". Si se lanza un balón en un torrente, corre sin pararse y no se detiene ni siquiera un instante. Nosotros apreciamos el espíritu que se halla en este estado.

4. OBRAR COMO UNA CHISPA

Esta expresión se refiere también al estado del alma tal como acabo de explicarlo. Cuando se frotan dos piedras, surge una chispa. Entre el frotamiento y la chispa no hay ni intervalo ni intermedio. Estas dos expresiones se utilizan para figurar nuestro espíritu que no se circunscribe a ninguna parte. Es un error entender esto solamente de la rapidez. Lo esencial es no circunscribir el espíritu a una cosa. Es menester no circunscribir el espíritu incluso a la rapidez. Si nuestro espíritu está circunscrito, está atado a otro. Si se actúa rápidamente teniendo como fin la rapidez, , el espíritu está entonces atado a la intención de la rapidez. Una prostituta de Eguchi, barrio de Osaka, respondió al poeta Saigyô (1118-1190) con la poesía siguiente:

He oído decir
Que no os gusta la vida en sociedad;
Os aconsejo pues
No circunscribir vuestro espíritu
A un albergue provisional.

En esta poesía está mi filosofía. Tratad de comprender estos dos versos:

Os aconsejo pues
No circunscribir vuestro espíritu

He aquí un buen tema de reflexión. En la escuela del Zen, si se pregunta:

“¿Quién es el Buda?”, el interrogado levantará el puño. O si se pregunta: “¿Cuál es la Verdad última de la Ley del Buda?”, se responderá incluso antes de que la pregunta haya concluido: “Una rama de ciruelo”; o bien: “Un ciprés en el jardín.” No se trata de objeto bueno o malo, pero el Espíritu que no se circunscribe a ninguna parte no queda mancillado ni por el color ni por un perfume. Lo sustancial de este Espíritu impoluto es venerado como una divinidad, respetado como un Buda. Se lo llama Espíritu del Zen o Verdad última. Incluso en el caso de una palabra de oro o de una frase maravillosa, si se pronuncian tras una reflexión, ya es “circunscribir el espíritu a algún lugar” y “pasiones”.

“Obrar como una chispa” es la instantaneidad del relámpago que brilla súbitamente. Por ejemplo, alguien llama: “¡Uemon!” Se responde: “Sí”. Eso es la Sabiduría inmóvil. Pero si alguien llama: “Uemon”, y después de haber reflexionado de qué puede tratarse se responde: “¿Qué pasa?”, eso es “circunscribir el espíritu a algún lugar” y “pasiones”. Si se circunscribe el espíritu a algún lugar de tal forma que uno se sienta conturbado y perdido por las cosas, entonces se dice del espíritu que está “circunscrito y pasión”, y se es un profano. Por el contrario, si tras haber llamado alguien: “Uemon”, se responde: “¡oh!”, es la sabiduría de los Budas. Los Budas y los seres vivos no son dos, lo mismo que tampoco lo son las divinidades y los hombres. Si se tiene esta Sabiduría inmóvil, se le puede llamar a uno “divinidad” o “Buda”.

Aunque haya diversas Vías: shintoismo, Vía de la poesía, confucianismo, todas ellas son el esclarecimiento de este Espíritu único (Sabiduría inmóvil). Expliquemos este Espíritu único mediante palabras. Los otros y yo las tenemos. Día y noche se hace el bien y el mal, tras las peores acciones se aleja uno de la familia o se destruye el Estado. Cada uno, según su nivel, hace el bien y el mal y ambas son acciones del espíritu. ¿Hay alguien en el mundo que no conozca el espíritu? Pero me parece que son raros aquellos para quienes está bien claro. De igual modo, es difícil llevar a la práctica lo que se conoce. Incluso aunque se pueda explicar bien este Espíritu único, eso no significa que se le ha esclarecido. Aunque se explique el agua, la boca no se mojará. Aunque se explique bien el fuego, la boca no se calentará. Sin tocar el agua verdadera y el fuego real no se pueden conocer. No se puede conocer la realidad únicamente mediante explicaciones comentadas. Aunque se expliquen bien los alimentos, no se puede mitigar el hambre. Mientras no se es más que un comentador, no se puede conocer la realidad. Observemos el mundo. El budismo y el confucianismo explican ambos el espíritu, pero si no se obra según la explicación, no se puede conocer claramente el espíritu. Mientras no se conozca profundamente el Espíritu único, innato en cada uno, no se podrá esclarecer el espíritu. Ni siquiera los que estudian el Zen pueden siempre esclarecer el espíritu. Aunque los investigadores del Zen sean numerosos, todos ellos han dirigido mal su espíritu. ¿Cómo esclarecer este Espíritu único? La respuesta vendrá mediante una reflexión profunda.

5. DONDE SITUAR EL ESPÍRITU

¿Dónde situar el espíritu? Si se le sitúa en un movimiento físico del adversario, se aferra a él. Si se le sitúa en el sable adversario, se aferra a él. Si se le coloca en la voluntad de atacar al adversario, se aferra a ella. Si se le coloca en nuestro sable, se aferra a él. Si se le sitúa en la postura del adversario o en la nuestra, se aferra a ellas. En cualquier caso, no hay ningún lugar donde situar el espíritu.

Alguien me ha preguntado: “Si yo sitúo mi espíritu en cualquier otra parte, se aferrará al lugar hacia el que se dirige y yo seré vencido por mi adversario. Por lo tanto, vale más encerrar mi espíritu por debajo del ombligo sin soltarle en otra parte y actuar adaptándome a las maniobras del adversario.”

Comment: En el hara, nuestro centro de gravedad, zona llamada también *kikai tanden*: el océano de la energía.

Es cierto, pero desde el punto de vista del nivel elevado de la Ley (Verdad) del Buda, “encerrar el espíritu por debajo del ombligo sin soltarle en otra parte” es un nivel bajo. Este nivel no es elevado y corresponde al grado del estudio y del ejercicio. En este grado se está atento y, como decía Meng-tseu, hay que “buscar pensamientos sueltos”. No es un nivel elevado, sino más bien aquel en que se siguen atenta y escrupulosamente las lecciones. En cuanto a “buscar pensamientos sueltos”, ya he escrito acerca de ello en otro libro. Leedlo. Si se encierra el espíritu por debajo del ombligo para no soltarlo, se verá uno atado a esta idea fija de no soltar, se carecerá del despliegue de actividades sucesivas y no se será libre en absoluto.

Alguien ha preguntado: “Si se encierra el espíritu por debajo del ombligo para impedirle que vaya a otra parte, no se es libre y se carece de actividad. ¿Dónde, pues, situar el espíritu en nuestro cuerpo?

Si le situáis en la mano derecha, la mano derecha os aferrará y careceréis de actividad. Si le situáis en los ojos, los ojos os aferrarán y careceréis de actividad. Si le situáis en el pie derecho, vuestra atención quedará aferrada por ese pie derecho y careceréis de actividad. Si le situáis en un lugar, sea cual fuere, careceréis de actividad en los demás.

“Así pues, ¿dónde situar el espíritu?”

Yo respondí: “Si no lo situáis en ninguna parte, llenará todo vuestro cuerpo y se extenderá por todo él. De este modo, si tenéis necesidad de las manos, podréis serviros de ellas; si tenéis necesidad de los pies, podréis serviros de ellos; si tenéis necesidad de los ojos, podréis serviros de ellos. Es omnipresente en cada lugar de que se trate, y por lo tanto puede servirse de él según las necesidades. Si circunscribís el espíritu a un lugar, quedará aferrado en ese lugar y careceréis de actividad. Si reflexionáis, quedaréis aferrados por esa reflexión. Así pues, no hagáis funcionar ni la reflexión ni la diferenciación. Haced que el espíritu sea omnipresente en vuestro cuerpo, no lo circunscribáis a u lugar, sino más bien utilizadlo convenientemente en cada lugar.

Se dice que circunscribir el espíritu a un lugar es: “caer hacia un solo lado”. Mientras que la autenticidad es la omnipresencia. El espíritu auténtico consiste en extender el espíritu a todo el cuerpo sin circunscribirlo unilateralmente. Si el espíritu está circunscrito a un lugar y está ausente de los demás, es el “espíritu unilateral”. Hay que evitar la unilateralidad. En cualquier cosa, si uno está fijado o circunscrito, es que ha caído en la unilateralidad, lo que hay que evitar mediante la práctica de la Vía.

Si no se piensa dónde situar el espíritu, éste se extiende, abarca el conjunto y está omnipresente. No hay que colocar el espíritu en ninguna parte y, según la maniobra del adversario, dirigir el espíritu adaptándose a cada situación. Si el espíritu se extiende a todo el cuerpo, cuando tengáis necesidad de utilizar las manos, podréis utilizar el espíritu que se halla en las manos. Cuando tengáis necesidad de utilizar los pies, podréis utilizar el espíritu que se halla en los pies. Si circunscribís el espíritu a un lugar, os veréis obligados a sacarlo de allí y, por consiguiente, careceréis de actividad por culpa de esta circunscripción. Si atáis el espíritu a vuestro cuerpo como se ata un gato con una cuerda, para que el espíritu no vaya a otra parte, éste se verá circunscrito por el cuerpo. Si abandonáis el espíritu en el cuerpo, el espíritu no irá a otra parte. No circunscribir el espíritu a un solo lugar, todos los trabajos en este sentido son ejercicio. Al no atar el espíritu en ninguna parte, existirá por doquier. Lo mismo sucede cuando se trata de

situar el espíritu fuera del cuerpo. Si se sitúa el espíritu en una dirección, le faltarán las otras nueve direcciones. Sin embargo, si no se sitúa el espíritu en una sola dirección, llenará las diez direcciones.

6. EL ESPÍRITU INNATO Y EL ESPÍRITU ILUSORIO

El Espíritu innato es el que se expande por todo el cuerpo y por todas partes sin circunscribirse a un lugar, mientras que el espíritu ilusorio es el que se circunscribe a un lugar mediante cualesquiera ideas fijas. Cuando el Espíritu innato se circunscribe a un lugar, se convierte en lo que se llama el espíritu ilusorio. Si se pierde el Espíritu innato se carece de actividad unas veces aquí y otras allá. Así, pues, procurad no perderlo. Por ejemplo, el Espíritu innato es como el agua, que no se detiene en un lugar, mientras que el espíritu ilusorio es como el hielo con el cual no se pueden lavar ni las manos ni la cabeza; hay que dejar que el hielo se funda, transformarlo en agua par que pueda correr por doquier y se puedan así lavar las manos, los pies o lo que sea. Si el espíritu se circunscribe a un lugar y queda fijo en una cosa es como un bloque de hielo que no se puede utilizar libremente. Con el hielo no se pueden lavar las manos ni los pies. Hay que dejar que el espíritu se funda para que pueda expandirse a todo el cuerpo, como el agua, para que pueda utilizarse en cada lugar que se desee. Eso es el "Espíritu innato".

7. EL ESPÍRITU CON CONCIENCIA Y EL ESPÍRITU SIN ELLA

El espíritu con conciencia y el espíritu ilusorio son una misma cosa y significan que el pensamiento está fijado de una parte en cualquier aspecto. Cuando en los pensamientos surgen la diferenciación y la reflexión, eso es el "espíritu con conciencia".

Lo que se llama "Espíritu sin conciencia" es parecido al Espíritu innato del que acabo de hablar. El "Espíritu sin conciencia" no está fijado desde el origen, carece de diferenciación, de reflexión y de cosa parecida, recubre todo el cuerpo y se extiende a todo. Se le llama el "Espíritu sin conciencia". Este espíritu no se halla en ninguna parte. No es como una piedra o un trozo de madera. Sin fijación equivale a "sin conciencia". El espíritu, si se fija, tiene alguna cosa; si no se fija, no tiene nada y eso se llama Espíritu sin conciencia, no se ata uno a una cosa ni se la falla. Se es como el agua que siempre se extiende y se satisfacen las necesidades que se presentan.

El espíritu que se circunscribe y se fija a un lugar no trabaja libremente. La rueda puede girar porque no está fija. Si se la fijara a un lugar, no podría girar. Lo mismo sucede con el espíritu; si está fijo en un lugar, no puede trabajar. Cuando se piensa en algo, no se oye lo que alguien dice. Es porque el espíritu se fija en un pensamiento, está inclinado hacia un lado y cuando está inclinado hacia un lado, no oye ni ve. Es porque el espíritu tiene algo. Tener algo es tener un pensamiento.

Si se elimina este algo, el espíritu está sin conciencia, trabaja sólo cuando es necesario y lo hace bien. Si se piensa en arrojar eso del espíritu, este pensamiento mismo se convierte en algo en el espíritu. Si no se piensa, este algo se va por sí mismo y uno se convierte en sin conciencia con toda naturalidad. Obrando siempre así, se alcanzará a solas el nivel de "sin conciencia" sin ni siquiera percatarse de ello. Si se intenta hacerlo con rapidez, no se conseguirá. He aquí una poesía antigua:

Si pensáis
En no pensar
Eso ya es pensar en algo.
No hay que pensar
Ni siquiera en no pensar.

8. SI SE PRESIONA SOBRE UNA CALABAZA EN EL AGUA, ESTA NO PUEDE FIJARSE EN NINGUNA POSICIÓN

Arrojad al agua una calabaza vacía y presionad sobre ella. Se desplazará inopinadamente hacia un lado. No puede mantenerse fija en ningún lugar. De ese mismo modo el espíritu de los santos no puede mantenerse jamás, ni siquiera un instante, en una cosa. Es como una calabaza que se quiere hundir en el agua.

9. HAY QUE SUSCITAR EL ESPÍRITU SIN CIRCUNSCRIBIRSE A NINGUNA PARTE.

En cualquier clase de acción, si surge el pensamiento de hacer algo, el espíritu se circunscribe a ello. Por eso hay que suscitar el espíritu sin circunscribirse a ninguna parte. Si no surge un pensamiento, las manos no hacen nada. Pero cuando ellas hacen algo, el espíritu está allí circunscrito. Al hacer cualquier cosa, a la vez que se producen pensamientos, no hay que circunscribirse a ella. He ahí el espíritu en cada Vía. El espíritu que ata nace de este espíritu que se circunscribe y del mismo modo la trasmigración. Este espíritu que se circunscribe se convierte en el garrote de la vida-y muerte. A la vista de las flores y de los arces, surge el espíritu que los ve, pero no se circunscribe a ellos. Eso es lo esencial.

El reverendo Jien (1155-1225), de la escuela Tendai, compuso esta poesía:

Las flores se abren y embalsaman
A la puerta de las enramadas.
¡Dejémoslo, dejémoslo!
Pero yo las contemplaba,
¡Qué mundo tan deplorable!

Las flores embalsamaban sin conciencia, pero yo las contemplaba circunscribiéndome a ellas. Jien lamenta el que su espíritu se haya atado a las flores. Ya se tratase de ver o de oír, es menester no fijar el espíritu en un lugar. Ese es el punto más esencial.

La palabra “respetar” u “honrar” se ha tomado por un confuciano en el sentido de “mantener el espíritu en un solo punto y no aflojar”. Eso significa que se fija el espíritu en un lugar sin llevarle a otras partes. En el caso de vuestra esgrima, cuando desenvainái el sable y atacáis a vuestro adversario, no soltéis vuestro espíritu hacia el atacado. Este es el punto importante. Sobre todo, cuando oís las palabras de vuestro señor, mantened el espíritu en el estado de “honrar” o de “respetar”. El budismo insiste

también en la importancia del espíritu de honrar o de respetar. “Haced resonar el gong para expresar el respeto.” Después de haber hecho resonar tres veces el gong, el budista junta las manos, se inclina respetuosamente y pronuncia primero “el Buda”. “Espíritu de expresión del respeto”, “mantener el espíritu en un solo lugar y no aflojar” y “con toda el alma sin perturbación”: estas tres expresiones tienen el mismo sentido.

No obstante, desde el punto de vista de la Verdad del Buda, este espíritu del “respeto” no es el nivel más alto. No es más que una verdad para el estudio y un ejercicio para novicios que intentan evitar la perturbación del espíritu fijándolo. Cuando se repite este ejercicio a lo largo de meses y de años, uno es libre de soltar el espíritu donde sea. Se puede llegar a este nivel, que se llama: “Sin mantenerse en ninguna parte” y es el más alto de todos los niveles. El espíritu de “respeto” consiste en atar el espíritu que puede irse a otras partes. Se suele pensar que si se suelta el espíritu, éste será perturbado, y se intenta no soltarlo, atarlo sin cesar, sin la menor negligencia. Este es el nivel de los novicios. Esto es bueno de manera provisional para no distraerse. Si se permanece siempre atado, no se es libre.

Por ejemplo, cazáis un gorrión y atáis el gato con un cordel para que no le ataque. Si permanecéis como ese gato, siempre atados en una situación inhabitual, carecéis de libertad y no podéis comportaros como quisierais. Educad más bien al gato y dejadle ir adonde sea, en lugar de atarlo con un cordel. Aunque se halle en la misma sala que un gorrión, ¡que no le entren tentaciones de cazarlo! Hay que educarlo hasta ese extremo, ése es el sentido de la frase: “Hay que suscitar el espíritu sin circunscribirse a ninguna parte.” Hay que liberar el espíritu abandonando las ataduras, como ese gato. El espíritu va donde quiera que sea, donde quiera, pero no se circunscribe adonde va, ése es el modo de tratar al espíritu.

Expliquemos esto mediante vuestra esgrima. No fijéis el espíritu en las manos que manejan el sable. Olvidadlas completamente y manejadlas de este modo. Atacad al adversario, pero no circunscribáis a ello el espíritu. Los demás están vacíos, yo también estoy vacío. Hay que comprender que las manos y el sable que atacan están vacíos. Pero no os atéis al vacío. El maestro del Zen Magaku (Magaku significa sin estudio) (1226-1286) de Kamakura fue detenido por soldados mongoles cuando aún estaba en china. A punto de ser decapitado compuso la estrofa siguiente:

No hay lugar en el universo donde enderezar la caña solitaria.
Me alegro del vacío de los hombres y también del vacío de los fenómenos.
Saludo el sable del soldado mongol del gran Yuan.
El sable rasga la brisa primaveral, ¡el tiempo de un relámpago!

El soldado mongol se fue abandonando el sable. He aquí el sentido de esta estrofa de Magaku: en el momento en que el mongol levanta el sable, éste brilla como el relámpago y, en ese instante, no hay ni pensamiento ni reflexión. El sable que va a herir no tiene pensamiento, el que va a herir no tiene pensamiento, yo (el monje) que voy a ser herido no tengo pensamiento. Quien hiere está vacío, el sable también está vacío y yo (el monje) que voy a ser herido, también estoy vacío. Por consiguiente, el que va a herir no es un hombre, el sable que va a herir no es un sable, yo (el monje) que voy a ser herido soy como la brisa primaveral. El sable va a rasgar la brisa primaveral en un relámpago de tiempo. Todo esto nos indica el espíritu que no se circunscribe a ninguna parte. El sable, al rasgar la brisa, ni siquiera lo percibirá.

Hay que hacer todas las cosas haciendo desaparecer totalmente los pensamientos. Esto pertenece al nivel del experto. Cuando se practica la danza, se toma

un abanico en la mano y los pies siguen el ritmo. Si se piensa en hacer bien esos movimientos de pies y manos, o en danzar bien, en la medida en que no se pueden olvidar totalmente esos pensamientos, no se puede pretender poseer totalmente este arte. Si el espíritu está aún atado a los movimientos de las manos y de los pies, la danza aún no es perfecta. Todos los juegos hechos sin abandonar totalmente los pensamientos son malos.

10. NO SOLTAR EL ESPÍRITU.

Esto lo dijo Meng-tseu y significa que hay que buscar al espíritu distraído y hacerlo volver en sí mismo. Por ejemplo, si vuestro perro, vuestro gato o vuestra ave se os va lejos, los buscaréis y los volveréis a casa. Lo mismo sucede con el espíritu que es vuestro señor. Si el espíritu se va por el camino del mal, hay que buscarlo y reconducirlo a casa. Meng-tseu os pregunta por qué no lo hacéis. Y tiene razón.

Por el contrario, un confuciano de la China de los Song, Chao K'ang-tsie, ha dicho: "Hay que soltar el espíritu." Es completamente diferente. Expliquemos el sentido. Si se ata el espíritu en el interior, se cansará. Es como un gato atado con un cordel. No se puede obrar libremente. Así pues, vale más educar bien el espíritu hasta el punto en que no sea circunscrito y mancillado por los objetos. Abandonadlo y soltadlo donde sea.

"El espíritu es mancillado y circunscrito por los objetos; conservadlo, pues, sin mancilla ni circunscripción; buscad el espíritu relajado y volved a vosotros mismos." Este consejo es bueno para los novicios que comienzan su estudio. Pero yo aconsejo ser como un loto que no se mancilla aunque crezca en el fango. No sufre menoscabo ni siquiera en medio del lodo. Una alhaja de cristal bien labrada no se mancilla ni siquiera en el fango. Sed vosotros así y dejad que el espíritu vaya donde quiera. Si constreñís el espíritu, perdéis la libertad. Estar en tensión está bien en la etapa de novicios. Si se queda ahí toda la vida, no se alcanzará el nivel superior y se acabará en el nivel inferior.

En la etapa del ejercicio, las palabras de Meng-tseu, "no soltar el espíritu", son un buen consejo, pero en la etapa última "hay que soltar el espíritu" como decía Chao K'ang-tsie. El preceptor Chong-fong (1263-1323) (en japonés Chûhô) decía: "Preparaos para soltar el espíritu." El sentido es el mismo que el de las palabras de Chao K'ang-tsie. Quiere decir que no hay que circunscribir el espíritu para atarlo a un lugar. El preceptor Chong-fong dice también: "Preparaos para no retroceder." Eso quiere decir que hay que mantener el espíritu inmutable en lugar de retroceder. Para todos el combate o el ejercicio va bien una o dos veces, pero cuando uno se ha cansado, no se suele ser constante. Chong-fong aconseja, pues, mantener el espíritu sin retroceder.

11. CUANDO SE ARROJA UN BALÓN A UN TORRENTE NO SE DETIENE NI SIQUIERA UN INSTANTE

Si se arroja un balón a una corriente de agua muy rápida, éste va sobre la olas saltando sin detenerse ni un instante.

12. CERCENAD LO QUE PRECEDE Y LO QUE SIGUE

El mal consiste en no rechazar los pensamientos precedentes y en conservar más tarde restos del pensamiento actual. Cercenad el intervalo entre el precedente y el presente; cortad los términos anterior y siguiente. Eso significa no circunscribir el espíritu.

13. ME PEDÍS LOS CONSEJOS QUE GUARDO EN MI CABEZA. NO SÉ QUE HACER, PERO APROVECHANDO ESTA OCASIÓN, VOY A ESCRIBIR A PLENO RENGLÓN LO QUE HE OBSERVADO

Desde el punto de vista de la esgrima sois un experto incomparable en la actualidad y e el pasado, gozáis pues actualmente de un rango elevado como funcionario, una buena remuneración y una reputación social. No olvidéis ese gran favor, ya estéis dormido o despierto, y desde el alba hasta el ocaso no penséis sino en responder a ese favor y a dar testimonio de vuestra lealtad. ¿Qué es dar testimonio de lealtad? Ante todo, rectificad vuestro espíritu, comportaros bien, jamás traicionéis a vuestro señor, no guardéis rencor ni hagáis reproches a los demás, id a trabajar cada día sin pereza. En lo que atañe a vuestro hogar, demostrad en él una gran piedad filial para con vuestros padres, no seáis en absoluto indecente en vuestra relación conyugal, tened buenos modales, no corráis tras las concubinas, renunciad a la lujuria, seguid rigurosamente la Vía entre los padres y los hijos, emplead a vuestros subordinados sin parcialidad, colocad a hombres de bien junto a vos, corregid vuestros defectos. Ajustad la política de vuestro país y alejad de vosotros los hombres de mal. De ese modo, los hombres de bien progresarán cada día, los hombres de mal quedarán influidos por la buena voluntad del señor, abandonarán el mal y se inclinarán hacia el bien.

De esta forma, el señor y los vasallos, los hombres superiores e inferiores serán buenos, su codicia será mínima y si abandonaran el lujo, el país prosperará y el pueblo vivirá en paz en la abundancia. Si los vasallos son como los niños que aman a sus padres o ayudan al señor como los miembros de un mismo cuerpo, el país se gobernará fácilmente. Es el comienzo de la lealtad. Si os servís en cada circunstancia de estos soldados sin perfidia y henchidos de una lealtad sólida como el oro o el hierro, podréis utilizarlos como queráis, incluso si se trata de millares de hombres. Es como el Kannon de mil brazos al que he aludido antes. En él el espíritu es justo y por consiguiente todos sus mil brazos son útiles. Así sucede con la esgrima. Si vuestro espíritu es justo en la esgrima, obrará libremente y vos podréis hacer obedecer a vuestro sable incluso a millares de enemigos. ¿No es eso la gran lealtad?

Cuando vuestro espíritu es justo, no tenéis necesidad de ser conocido desde el exterior por otros. Cuando surge un pensamiento, aparecen el bien y el mal. Reflexionad en la raíz de ambos, el bien y el mal, y practicad el bien, no el mal, entonces el espíritu será justo y recto de forma natural. Si, conociendo el mal, no se cesa de practicarlo, es porque se sufre una enfermedad de atracción, de preferencia. O se prefiere el amor, o se es ciegamente orgulloso. El espíritu trapacero actúa según su conveniencia. De ahí que, incluso si halla que alguien es bueno, si no le agrada, no lo emplea. Incluso si alguien es un ignorante, con tal que a él le agrade, lo recluta y lo utiliza preferentemente. Así, aunque haya no pocos hombres de bien, es como si no existieran, porque nadie los emplea. Por eso, de entre millares de personas, nadie es útil al señor en la vida ordinaria.

Los hombres malos, ignorantes y bisoños que han agradado una vez al señor, son pérfidos y trapaceros desde siempre. De ahí que jamás estén dispuestos a sacrificar su vida en un caso extremo. Jamás he oído que los hombres pérfidos sean útiles al señor. He oído decir que concedéis el ascenso a vuestros discípulos según vuestra preferencia. Encuentro ese repugnante.

Todo es dolencia provocada por vuestra lamentable preferencia y no sabéis que habéis caído en el mal. Pensáis que los demás no lo saben pero, como dice un proverbio: "Nada hay más claro que lo calamitoso". Lo mismo que lo sabéis vosotros, lo saben también el cielo, la tierra, los espíritus, las divinidades y todo el mundo. Si un país se mantiene así, ¿no es esto peligroso? Yo pienso, pues, que es una gran infidelidad a la corona. Por ejemplo, pese a todo el celo que ponéis en ser leal a vuestro señor, sin armonía entre los miembros de vuestra familia y si el pueblo de las villas de vuestro feudo Yagyûdani os traiciona, todo será contrariedad para vosotros. Un proverbio reza así: "Si se quiere saber de alguien lo que tiene de bueno o de malo, es fácil lograrlo a la vista de sus más íntimos allegados o de los amigos que frecuenta." Si el señor es bueno, sus vasallos más cercanos son todos buenos. Si el señor no es recto, sus vasallos y sus adeptos no son rectos. Siendo esto así, todos se burlarán y los países vecinos lo despreciarán.

Todo esto se expresa en el proverbio: "Cuando se es bueno, todo el mundo es bueno." Y también :"Los hombres de bien son el tesoro del país." Tratad de reconocerlos bien. Los demás saben todo, corregid, pues, vuestras injusticias, alejad de vos a los ruines y preferid a los sabios. Si sois diligente en seguir este camino, la política de vuestra provincia será cada vez más justa y vos seréis el vasallo más justo. Sobre todo, en lo que respecta al comportamiento de vuestro hijo, si le reprocháis lo que ha hecho mal sin ser recto vos mismo, la situación se convierte en la inversa. Si os comportáis correctamente y hacéis reprimendas a vuestro joven hermano Nai-zen, éste se corregirá según el comportamiento de su hermano mayor y será recto. De este modo, el padre y el hijo serán buenos ambos y yo les felicito por ello.

Un proverbio nos dice: "La adopción y el abandono se hacen de acuerdo con la justicia." Ahora vos sois un vasallo preferido del shôgun, recibís gratificaciones importantes de los señores y habéis olvidado la justicia por codicia. Todo eso no debiera ser así.

Os gusta la danza y estáis orgulloso de vuestro juego de Nô. Vais sin invitación a casa de otros señores y les pedís que bailen el Nô. Creo sinceramente que eso es una enfermedad. Oigo decir que tomáis el canto de vuestro señor (shôgun) por el de un bufón. Me da la impresión que intercedéis no poco ante el shogun en favor de los señores que os ven con buenos ojos. Tenéis que reflexionar seriamente en esto. Me acuerdo de una antigua poesía:

El espíritu
Hace que se pierda
El espíritu.
¡No soltéis
vuestro espíritu!